

Creemos que la voluntad de proceder en esta dirección está latente en muchos europeos. Al expresar colectivamente esta voluntad confiamos en reforzarla.

A este fin parece necesario en estos momentos que todos aquellos que estiman la civilización europea, en otras palabras, aquellos que en las clarividentes palabras de Goethe pueden llamarse «*buenos europeos*», actúen juntos. No podemos renunciar a la esperanza, su voz colectiva no dejará de ser escuchada –incluso en medio del estrépito de las armas–, especialmente si entre los «buenos europeos del mañana» se encuentran todos aquellos que, en los medios cultos, gozan de estimación y autoridad entre sus iguales.

Pero lo primero es que los europeos se reúnan y si –como tenemos la esperanza de que suceda– pueden hallarse suficientes *europeos en Europa*, es decir, gentes para quienes Europa no es meramente un concepto geográfico, sino más bien algopreciado y muy estimado, debería intentarse crear una unión de europeos. Y entonces esa unión debería hablar y decidir.

Solo deseamos mostrar la urgencia y formular un llamamiento, y si sientes como nosotros, si estás igualmente determinado a *dar la mayor resonancia posible a la voluntad europea*, te pedimos que firmes este documento.

Cartas de 1914 del *Journal des Économistes*

(Yves Guyot, Daniel Bellet,
Lujo Brentano, Georges Blondel)

Bajo este titular [Le Manifeste des 'Kulturkrieger'. Appel aux Nations civilisées] publicó en 1914 el *Journal des Économistes*, editado en París por la Librairie Félix Alcan, una serie de cartas con réplicas y contrarréplicas suscitadas por el Manifiesto de los 93 científicos y hombres de cultura alemanes, el «Llamamiento a las naciones civilizadas» que se reproduce más arriba. Son textos que constituyen un vivo testimonio del desgarramiento que provocó la Gran Guerra en el mundo cultural europeo, también entre antiguos colegas. Su indudable valor documental aconsejaba incluirlas aquí.

EL MANIFIESTO DE LOS «KULTURKRIEGER»

Es sabido que los universitarios, los «representantes de la ciencia y del arte alemanes», en número de noventa y tres, han lanzado un *llamamiento a las naciones civilizadas*. Se le ha denominado el *manifiesto de los Kulturkrieger*. (La palabra *Krieger* quiere decir guerrero.) Entre los firmantes se halla el Sr. Lujo Brentano. Los Sres. Yves Guyot y D. Bellet le han dirigido la carta siguiente, que ha aparecido primero en la *Gazette de Lausanne*:

París, 15 de octubre de 1914.

Señor Lujo BRENTANO,
profesor de economía política de la Universidad de Múnich,
Mandelstrasse, Múnich.

Señor Profesor y muy sabio colega:

Al leer el *Llamamiento a las naciones civilizadas* (entre las que, evidentemente, no está Francia) que acaban de lanzar noventa y tres personajes que se declaran representantes de la ciencia y el arte alemanes, no nos hemos sorprendido de encontrar la firma del Sr. Profesor Schmoller.

Ya había mostrado su odio hacia Francia al negarse a venir a los festejos organizados, hace poco más de dos años, para celebrar los setenta años de la Sociedad de Economía Política de París (festejos en los que pudimos gozarnos de su presencia y de la de su colega, el Sr. Lotz). En su discurso de rectorado en la Universidad de Berlín en 1897, había declarado que la ciencia alemana no tenía otro objeto que celebrar los mensajes imperiales de 1881 y 1890; y había señalado que todo discípulo de Adam Smith que no quisiera ser servidor de esta política «debería renunciar a su cátedra».

Pero hemos experimentado una dolorosa sorpresa cuando hemos encontrado al pie de este panfleto su nombre unido al suyo.

Usted y los otros representantes de la ciencia y el arte alemanes acusan de mentir a Francia, Gran Bretaña, Bélgica y Rusia. ¿Habría tolerado, por parte de uno de sus alumnos, una imputación tan grave y tan ligeramente lanzada?

Admitiendo que se encuentra en una completa ignorancia de los documentos publicados después de la declaración de guerra, usted ha conocido el ultimátum lanzado por Austria a Serbia. Ha debido llenarle de asombro: ya que constituye un documento diplomático único en la historia.

¿No se ha preguntado si las exigencias de Austria sobrepasaban toda medida ya que exigían la abdicación de un Estado independiente? Usted sabe que por humilde que fuera la respuesta de Serbia, como de todos modos contenía una reserva, al punto, el embajador de Austria-Hungría abandonó Belgrado y al día siguiente, Austria había declarado la guerra. Usted no ignora las gestiones de Gran Bretaña y Francia, la petición de aplazamiento de Rusia y la respuesta del canciller alemán de «que nadie debía intervenir entre Austria y Serbia». Denominaba elegantemente a esta actitud «localizar el conflicto».

¿Hay uno solo de los firmantes del documento de los intelectuales que haya podido creer, puede usted haber creído, Sr. Brentano, con un espíritu tan fino y perspicaz, que esa respuesta no tenía la guerra como fatal consecuencia? Ya que cualquier nación que la hubiese aceptado estaría segura de ser tratada por Alemania, en el futuro, como la monarquía austro-húngara trataba a Serbia.

¿Cómo, pues, conociendo el pretexto inicial de la guerra, pudiendo apreciar que no existe otra relación entre esa causa y los efectos producidos que la voluntad de quienes se han aprovechado de tal pretexto de provocar o bien una humillación deshonrosa para los países que hubiesen aceptado esa situación o bien una conflagración general, usted y los firmantes de su panfleto, se atreven a decir: «No es verdad que Alemania haya provocado esta guerra»?

Ustedes osan hablar de pruebas extraídas de documentos auténticos. Se conocen los que han sido publicados por Gran Bretaña, Bélgica, Rusia. Todos concuerdan; y dan la

prueba de que el ultimátum austro-húngaro fue lanzado con la complicidad de la cancillería de Berlín. Dan también la prueba de que el embajador alemán en San Petersburgo, temiendo que Austria-Hungría se echara atrás, precipitó los sucesos mientras su emperador estaba ilocalizable.

Durante ese tiempo, su estado mayor, en secreto, había movilizó una parte de sus tropas, mediante un llamamiento individual, cuando en Francia esperábamos, sin poder imaginar que el gobierno alemán había decidido entablar sin motivo una guerra europea. Se han hallado en las cartillas de sus reservistas llamamientos que los convocaban bastante antes de finales de julio. Nuestro amigo y colega Courcelle-Seneuil ha visto la cartilla militar de un alemán residente en Suiza, en Bex, que contenía este llamamiento.

Se han interceptado en El Cabo comunicaciones oficiales que tendrían que haber llegado en su momento a oficiales de la marina alemana, que les advertían que debían prepararse desde mediados de julio. Esta ventaja tomada por sus tropas ha hecho tanto más difícil la tarea para las nuestras. Hemos sido ingenuos, puesto que hemos creído en las afirmaciones de sus estadistas. Ustedes declaran que son procedimientos legítimos, ¡bien está! Eso forma parte de la moral diplomática legada por Bismarck a sus sucesores. Pero para tratar de prolongar esa mentira, no tienen ya la excusa de la utilidad. Es conocido por todos, salvo, parece ser, los representantes de la ciencia y el arte alemanes, muy faltos de perspicacia para ignorarlo.

Afirman aún que Alemania no ha violado la neutralidad de Bélgica: se ha limitado a «adelantarse». Más allá de las pruebas auténticas publicadas, llamamos su atención sobre un hecho innegable. Confiados en el tratado que garantizaba la neutralidad de Bélgica, a cuyo pie se encontraba la firma de Alemania, en la palabra dada no hace tiempo al rey de Bélgica por su emperador, desgraciadamente habíamos dejado nuestra frontera del norte desguarnecida. Usted debe saber igualmente, señor profesor, que los ingleses no han actuado sino después de la violación efectiva del territorio belga. Es cierto que conocíamos el plan de campaña expuesto por su general Bernhardt, pero teníamos la ingenuidad de creer que si esa era la opinión de un general, el canciller del Imperio consideraría que un tratado, que llevaba la firma imperial, sería otra cosa que «papel mojado».

Alemania igualmente ha faltado a su firma al violar el tratado de neutralidad de Luxemburgo. Han omitido afirmar que, aquí también, no han hecho más que adelantarse.

Su panfleto se hace eco de diarios alemanes que afirman que son los belgas, y en particular las mujeres, quienes «*empezaron* contra sus tropas». Un diario americano ha respondido diciendo: «Si son las mujeres belgas las que han atacado a los soldados alemanes en el suelo de Bélgica, ¿qué hacían pues esos soldados en suelo belga?». La verdad es que sus tropas, obedeciendo a los oficiales, como lo prueban los documentos que se han podido obtener y que encontrarán citados en el informe de la Comisión belga dirigido al presidente Wilson, han ejecutado unas órdenes que parecen inspiradas por las feroces inscripciones de los reyes asirios, exhumadas sin duda en la línea del ferrocarril de Bagdad; y ustedes encuentran completamente natural que se haya masacrado e incendiado en Lovaina, porque la población civil habría disparado contra sus tropas; pero una investigación realizada conjuntamente con representantes de los Estados Unidos (que ustedes deben apreciar lo bastante para solicitarles que representen a sus nacionales) ha demostrado que la población civil estaba desarmada. Si aprueban hoy el incendio de la Biblioteca de Lovaina, ¿habrían aprobado a los incendiarios de la Biblioteca de Alejandría? Es cierto que no tenían la *deutsche Kultur*. El resultado militar de la cultura alemana sitúa a sus soldados en un estadio de civilización anterior al de los vándalos, que, cuando conquistaron Hipona, respetaron la Biblioteca.

En París, si uno de nosotros hubiera pasado, el viernes 9 de octubre, por la calle de Edimbourg, frente al número 24 dirigiéndose a una oficina de la Sociedad de Economía Política situada en el número 14, habría podido ser asesinado por una bomba lanzada por uno de sus *Tauben*,¹ sobre la población civil de una ciudad cuyo bombardeo no había sido notificado. Otro *Taube* provocó, mediante una bomba, un conato de incendio de la iglesia de Notre-Dame, y no puede alegarse para este atentado el pretexto aducido para excusar la destrucción de la catedral de Reims. Ningún observador habría podido divisar desde lo alto de sus torres a un soldado alemán.

Usted y sus cosignatarios se indignan porque el mundo civilizado trata a sus tropas de bárbaras. ¿Consideran ustedes, así pues, que esos actos son una alta expresión de la civilización? Y he aquí el dilema: o los ignoran, y entonces pecan de ligereza; o las aprueban, y entonces deben hacer su apología en sus libros de moral y de derecho.

No harían más que seguir las teorías de sus autores militares que han declarado la necesidad de aterrar a la población civil, a fin de descargar sobre su gobierno y su ejército un terror tal que se vean forzados a pedir la paz.

Pero si aquellos de sus colegas que cultivan la psicología aprobaron esa teoría, deben confesar hoy que cometieron un grosero error; puesto que tales actos, lejos de empujar a la cobardía, provocan la indignación de todos y exaltan el valor de nuestros soldados.

Sin embargo, sus autores militares no han dicho que el robo fuese un medio de asegurar la victoria. No obstante, el *konprinz*, que el día de mañana será su emperador, ha robado del castillo de Baye objetos de colección de metales nobles y, con todo cuidado, los ha hecho embalar y expedir.² Se han encontrado baúles de sus oficiales llenos de objetos procedentes de fondos de ropavejeros.

Usted y sus cosignatarios, representantes de la ciencia y del arte alemanes, ¿incluyen la ciencia y el arte del robo? ¿Los profesores de derecho y los economistas como ustedes hacen apología de esta manera de adquirir la propiedad? Y si es así, ¿en qué se convierte su código penal?

Usted y sus cosignatarios afirman que la lucha actual se dirige «contra la cultura alemana». Si esta cultura enseña que el derecho de gentes comporta el desprecio a los tratados, el desprecio a la propiedad privada, el desprecio a la vida de los no-combatientes, no deberían sorprenderse de que las otras naciones no deseen conservarla en beneficio de ustedes y en perjuicio de ellas.

No es con las armas, sino con argumentos y hechos como los economistas como nosotros, fieles a la escuela de los fisiócratas y de Adam Smith, hemos tratado de protegernos frente a ella. En vísperas de la guerra, en la inauguración del monumento a Turgot, opusimos sus ideas de libertad y de humanidad a la *Realpolitik* germánica. Esperamos que los sucesos actuales curarán finalmente a aquellos de nuestros profesores que se habían contaminado, de forma que dejarán de hacerse cómplices de esa suerte de pangermanismo que han introducido en la opinión y en la legislación. Los actos de sus diplomáticos y de sus generales y la aprobación que usted y los otros representantes de la ciencia alemana les otorgan, constituyen una demostración terrible, pero decisiva, de los peligros y de la vanidad de la cultura alemana. Ustedes son sus propios destructores.

«Sin nuestro militarismo, dicen ustedes, nuestra civilización habría sido eliminada hace ya mucho tiempo». E invocan la herencia de Goethe, de Beethoven y de Kant. Pero Goethe, nacido en la ciudad libre de Frankfurt, vivió en la corte de Carlos Augusto, en Weimar, que era un centro de liberalismo y de arte siempre amenazado por Prusia. Y Beethoven, de origen flamenco, que residió en Bonn hasta la edad de 24 años, y pasó el resto de su vida en Viena, no tiene nada en común con el militarismo prusiano, tan temido en Austria. Y Kant, si bien nació y vivió en Königsberg, la verdadera capital del

reino de Prusia, saludó con fervor la Revolución francesa; y, cuando murió en 1804, no fue precisamente el militarismo prusiano el que promovió el estudio de su obra y su difusión universal.

La solidaridad que establecen entre el militarismo alemán y la cultura alemana, de la cual usted y sus colegas se declaran representantes, es la prueba de la confusión de ideas que reina en Alemania.

Para presentar al mundo a Goethe, Beethoven y Kant, los rodean de bayonetas. De la misma manera, los industriales y hombres de negocios alemanes han adquirido la costumbre de decir: «¡Tengo cuatro millones de bayonetas detrás de mí!» Su káiser decía a los industriales que se quejaban de que los negocios iban mal: «Es necesario que viaje». E iba a Constantinopla, iba a Tánger, después del discurso de Bremen. En cada una de sus palabras, en cada uno de sus gestos, afirmaba la subordinación de la civilización económica a la civilización guerrera. Consideraba que tenía que abrir mercados a golpe de cañón y afirmar el valor de los productos alemanes con la punta de su espada. De ahí sus formidables armamentos, sus perpetuas amenazas que tenían a todas las naciones en un estado de inquietud permanente. ¡Esa es la causa profunda y verdadera de la guerra! Y corresponde enteramente a su káiser y a su entorno.

Que la mayor parte de los representantes de la ciencia y del arte alemanes, firmantes del panfleto, sean incapaces de identificarla, lo comprendemos; pero no sucede lo mismo con usted, que ha denunciado los abusos y las consecuencias del proteccionismo alemán; y recordamos que en el congreso de Amberes estaba de acuerdo con nosotros, a la hora de reconocer su carácter agresivo.

Le rogamos acepte nuestros sentimientos de alta consideración por su discernimiento en materia científica, tan sólido hasta aquí.

YVES GUYOT,
Jefe de redacción del *Journal des Économistes*

D. BELLET,
Profesor de la Escuela de Ciencias Políticas
y de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles

(*Gazette de Lausanne*)

Respuesta del Sr. Lujo Brentano

El Sr. Lujo Brentano, profesor de Economía Política de la Universidad de Munich, ha respondido con la carta siguiente a la que le habían dirigido los Srs. Yves Guyot y D. Bellet y que había aparecido en el *Journal des Economistes*.

Munich, 24 de octubre de 1914,
Mandelstraasse, 5.

Srs. YVES GUYOT, exministro de Comercio³ de la República francesa y redactor jefe del *Journal des Economistes*;

Y DANIEL BELLET, profesor de la Escuela de Ciencias Políticas y de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles, París.

Señores:

Ya no me atrevo a dirigirme a ustedes como «estimados colegas», título que, hasta ahora, estaba en uso tanto en nuestras relaciones como entre todos los economistas de Francia. Puesto que son ustedes mismos quienes ya no me dan ese apelativo en la carta, para mí tan dolorosa, que me han hecho el honor de dirigirme.

Su carta es dolorosa para mí por la pasión que les ciega, esta ceguera es tan grande que me he preguntado si debía responderla. Pero ya que ustedes han publicado su carta incluso antes de que llegase a mis manos, me veo obligado –al no querer que mi silencio sea malinterpretado– a emprender esta tarea penosa, y voy a responderles punto por punto.

Ustedes han leído el *Llamamiento a las naciones civilizadas*, que he firmado, del mismo modo que otros noventa y dos representantes de la ciencia y el arte alemanes. ¿Pero por qué desnaturalizan ustedes el sentido de nuestro llamamiento desde las primeras líneas, al adjuntar a las palabras «naciones civilizadas» el paréntesis «entre las cuales evidentemente no está Francia»? Habiendo dirigido nuestro llamamiento igualmente en lengua francesa a los franceses, parece, por su paréntesis, que quieren despertar la sospecha de que somos nosotros quienes negamos a Francia la condición de «nación civilizada».

Y esto no es más que el principio; todo lo que sigue es del mismo tenor.

En su segunda frase, apoyan su muy justa suposición de que la firma del profesor Schmoller, de Berlín, no faltaría bajo nuestro llamamiento, en una afirmación que me ha causado el más vivo asombro, vistos los hechos que no les son desconocidos. Ustedes consideran que la razón de la firma del Sr. Schmoller es «su odio hacia Francia», que habría mostrado «al negarse a venir a los festejos organizados hace poco más de dos años para celebrar los setenta años de la Sociedad de Economía Política de París». Pero el profesor Schmoller está muy enfermo desde hace años; su salud exige hace ya tiempo que se abstenga de acudir a festejos. Por eso envié en su lugar a su sucesor en la Universidad de Berlín, el profesor Herkner. Esto les es perfectamente conocido, puesto que en el extracto publicado por ustedes mismos en el *Journal des Économistes* del 15 de junio de 1912, reprodujeron en la página 21 el discurso del Sr. Herkner, que comienza con las siguientes palabras: «El presidente del *Verein für Sozialpolitik*, Sr. Gustave Schmoller, lamenta vivamente que su avanzada edad y su estado de salud no le hayan permitido venir a París. Me ha encargado agradecerles en su nombre la amable invitación que su sociedad ha tenido a bien dirigir a la directiva del *Verein für Sozialpolitik*, y transmitirles sus mejores deseos.»

Después de lo que acabo de citar, no resulta ya sorprendente lo que sigue: ustedes hacen decir a Schmoller en su discurso de rectorado en la Universidad de Berlín del 15 de octubre de 1897 «que la ciencia alemana no tenía otro objeto que celebrar los mensajes imperiales de 1881 y 1890; y había señalado que todo discípulo de Adam Smith que no quisiera ser servidor de esta política debería renunciar a su cátedra». Cuando leo estas líneas, creo estar soñando. Desde el primer día que la política social alemana fue inaugurada por el mensaje de 1881, me declaré adversario del seguro obligatorio de los obreros en un folleto titulado *Der Arbeiterversicherungszwang, seine Voraussetzungen und seine Folgen* (Berlín, 1881, Verlag von Karl Habel). Sin embargo, en 1882, fui llamado (gracias a la recomendación del propio Schmoller) a convertirme en su sucesor en la Universidad de Estrasburgo. ¿Sería realmente posible que el mismo hombre hubiese escrito en 1897 que un profesor de economía política que no quisiera rebajar su ciencia y hacerla servidora de la política imperial, debía renunciar a su cátedra? Al no acordarme ya del texto del discurso inaugural, pronunciado por Schmoller en 1897, he abierto el *Jahrbuch für Gesetzgebung und Volkswirtschaft*, y he encontrado (vol. 21, p. 1407) el pasaje siguiente: «La independencia garantizada a los profesores de las universidades por nuestra constitución y nuestro derecho administrativo, resultado afortunado de nuestra constitución universitaria, permite a los representantes de

las ciencias políticas sentirse independientes, tanto del gobierno como de las opiniones populares, independientes tanto de la derecha como de la izquierda». Así pues, Schmoller dice justamente lo contrario de lo que ustedes le hacen decir; y lo mismo sucede con lo que ponen en su boca acerca de la relación de la ciencia alemana con los mensajes imperiales de 1881 y 1890, que tiene un sentido totalmente diferente del que ustedes le dan. Leemos: «Todos los grandes logros ideales de la humanidad, el cristianismo, el desarrollo del derecho a lo largo de los siglos, las obligaciones morales del poder político, como se han desarrollado sobre todo en Alemania y Prusia, nos muestran el camino de la reforma que nos ha sido señalado por los mensajes imperiales de 1881 y 1890. La ciencia alemana no ha hecho más que tratar de establecer las causas de estos antiguos postulados ético-religiosos y jurídico-políticos, y de probar de una manera exacta su verdad.»

Después de este inicio de su carta que, vistos los hechos, dejo sin comentario y a juicio del lector, se dirigen directamente a mí.

Se indignan por el hecho de que he protestado contra las mentiras y las calumnias con las que los enemigos de Alemania tratan de manchar su causa en la terrible guerra que le ha sido impuesta. Al mismo tiempo, ustedes tienen la amabilidad de creer que yo no tenía conocimiento de los documentos diplomáticos publicados desde el comienzo de las hostilidades; es también muy amable por su parte suponer que he leído, por lo menos, el ultimátum de Austria a Serbia.

Ustedes tienen razón al decir que el lenguaje de este ultimátum es fuerte; todos nosotros hemos pensado lo mismo, al leer que Austria quería, con motivo de la investigación del asesinato del archiduque heredero y de su esposa, que participasen en esta sus propios funcionarios. Pero hoy, cuando el proceso a los asesinos del archiduque ha probado que el crimen fue preparado en Serbia, con conocimiento de las autoridades serbias, se comprende que el gobierno de una gran potencia no podía demandar otra cosa, a menos de convertirse en objeto de irrisión por dar su consentimiento a una farsa; pues el proceso, sin la participación de las autoridades austriacas, no ha sido sino eso.

Lo que escriben sobre la situación de Alemania, sobre su deseo de tomar el conflicto austro-serbio como pretexto para una guerra contra Rusia y Francia, y sobre todo lo que dicen sobre la actividad del embajador de Alemania en Petrogrado, está tan en contradicción con todos los hechos que solo puedo explicármelo por la suposición de que los despachos intercambiados, no solamente a fines de julio y a inicios de agosto entre Berlín y los gobiernos ruso, francés e inglés, sino también los documentos no-alemanes que han sido publicados después, han sido sustraídos al conocimiento del público francés.

Les remito, por ejemplo, al informe que el encargado de asuntos belga en Petrogrado, testigo, señores, cuya imparcialidad ciertamente no pondrán en duda, dirigió el 30 de julio al gabinete de Bruselas. Este informe prueba antes de nada que «Alemania se ha esforzado aquí (en Petrogrado) tanto como en Viena en hallar medio, cualquiera que fuese, de evitar un conflicto universal». Prueba, además, que el partido de la guerra ruso, que quería el conflicto a cualquier precio, ganó desde el momento que le fue asegurada la cooperación de una flota mediante la promesa de ayuda de Inglaterra. Finalmente, prueba, con toda la claridad compatible con la cortesía tradicional de la diplomacia, que las garantías rusas a propósito de la movilización en la frontera alemana eran contrarias a la verdad, y que la lentitud de Rusia en declarar la guerra no tenía otro motivo que ganar tiempo para los últimos preparativos. Es también por esto que el adversario más encarnizado de nuestro gobierno, la socialdemocracia, en razón a estos hechos, lo ha absuelto unánimemente de la acusación de haber querido esta guerra. Vean el artículo de Hugo Poetzsch «Der Krieg und die sozialdemokratische Presse», en el número 18 de *Sozialistische Monatshefte*. En él se lee: «Si bien los periódicos socialistas discuten la cuestión de la culpabilidad, todos ellos reco-

nocen, sin reserva, que el gobierno no ha querido esta guerra, que ha hecho todo lo posible por evitarla hasta el último momento, pese a todos los errores que ha cometido durante los últimos años».

Y finalmente, ustedes mismos aportan una prueba de que la guerra era inesperada por el gobierno alemán. Mientras los diarios franceses se mofaban de la actitud pacífica del emperador alemán apodándolo Guillermo el Tímido, contrariamente ustedes lo convierten en el único responsable –a él y a su entorno– de la guerra que ha estallado, y le reprochan, como refinamiento criminal, haber sido «ilocalizable» en el último momento. No podría hallarse nada mejor para demostrar lo absurdo de sus acusaciones. El emperador realizaba en aquel momento, como hace cada año en esa época, su viaje a las costas de Noruega. No se acostumbra a emprender un viaje de placer cuando se tiene la intención de desencadenar una guerra contra todo el mundo.

Alegan otra prueba de que Alemania habría sido la causa de esta guerra; nuestro estado mayor, según ustedes, mientras aún tenían lugar negociaciones diplomáticas, habría movilizó una parte de las tropas alemanas mediante un llamamiento individual. Permítanme decirles que esto que ustedes suponen es imposible. La movilización de las tropas alemanas no se hace nunca mediante un llamamiento individual, sino mediante una proclama general. Lo que el Sr. Courcelle-Seneuil pueda haber visto en Bex, en Suiza, debe haber tenido un significado totalmente diferente. Cada año, todos los que están obligados al servicio, sin pertenecer sin embargo al servicio activo, reciben dos avisos: el primero le recuerda que, tan pronto como la movilización general haya sido proclamada, debe presentarse el primero, el segundo, el tercero o cualquier otro día posterior a la movilización en un lugar fijado, sin esperar una nueva orden. Este aviso nunca informa si va a tener lugar una movilización ni en qué fecha; atendiendo a las necesidades militares, la fecha de la movilización naturalmente debe permanecer en secreto hasta la promulgación general. De una naturaleza totalmente diferente es un segundo aviso que cada año reciben los reservistas en Alemania, como en Francia, hasta el momento que ya no deban, según la ley, prestar sus veinticuatro días de servicio. Reciben regularmente, sin que de ningún modo exista una cuestión de guerra, una convocatoria personal. Por el mero hecho de que toda persona obligada al servicio reciba anualmente, desde hace más de cuarenta años, este aviso, es evidente que el Sr. Courcelle-Seneuil ha extraído falsas conclusiones de la libreta que ha tenido en sus manos.

Seguramente pasa lo mismo con la correspondencia de oficiales de marina que pretenden haberse interceptado en El Cabo.

En cambio, es un hecho cierto que Rusia, el primero de agosto, comenzó la guerra, y que Francia, el mismo día, abrió las hostilidades, antes de que hubiese habido una declaración de guerra, cruzando la frontera con compañías que ocuparon en seguida Gottesthal, Metzeral, Markrich, así como el Schluchtpass. Esto ocurría mientras el embajador alemán en Londres discutía con sir Edward Grey si Francia se mantendría neutral, llegado el caso de que Rusia abriera las hostilidades. En Alemania, el 2 de agosto fue el primer día de la movilización, y así Lieja tuvo que ser atacada el 3 de agosto por tropas alemanas aún no movilizadas, cuando cualquier esperanza de poder preservar la paz hubo desaparecido y se trataba de asegurarse las mejores oportunidades en la lucha que se había hecho inevitable.

Lo que dicen a propósito de la violación de la neutralidad belga por Alemania, solo es comprensible si admito que se mantenían en la ignorancia más absoluta de los documentos que, en estos últimos tiempos, se han publicado y que prueban hasta la evidencia que, ya desde hacía años, Francia e Inglaterra se habían puesto de acuerdo para violar la neutralidad belga en el caso de que hiciesen juntas la guerra contra Alemania. Que una vez que estalla la guerra, no existe otra consideración más que asegurar la victoria de la patria,

es una cosa contra la cual no tienen ustedes el derecho de reclamar; los franceses, donde quiera que estuviesen sus tropas, jamás han tenido otra consideración que la victoria. La nación francesa, en particular, ha sido rigurosa entre todas, en la aplicación del principio militar que ordena que cualquier persona no uniformada que tome parte en los combates sea fusilada. Es una de las cosas más dolorosas que, en la guerra, siempre hay inocentes que sufren con los culpables; la maldición recae sobre quienes han provocado una guerra tan espantosa como la que desgarró el mundo en la actualidad.

¿Pero qué debo decir, si ustedes mismos se rebajan a acusar al ejército alemán de saqueo y de robo y si osan repetir que el *kronprinz* aprovechó su estancia en el castillo de Baye para saquearlo? Al mismo tiempo que su carta, recibí el diario de la tarde, el *Berliner Tagblatt* del 22 de octubre; en él encontré la nota siguiente: «El colaborador del *Journal de Genève* ha visitado el campo de batalla y ha visto también el castillo de Baye, cuya propietaria, una baronesa, ha acusado en una carta al *kronprinz* de haber saqueado el castillo y de haber embalado el producto del robo en unas cajas que habría hecho expedir. El periodista ha encontrado el edificio intacto. La intendenta del castillo dice no saber nada, aunque estuvo presente en el castillo mientras los oficiales se alojaban en él. Solamente dos vitrinas han sufrido daños; los cristales se han agrietado, probablemente a causa de una detonación.» He aquí una nueva prueba de las increíbles mentiras con las que la prensa, sobre todo *Le Figaro* y *Le Matin* excitan al país. *Le Temps*, por lo demás, ha reconocido que el *kronprinz*, según los informes oficiales franceses, jamás estuvo en Baye. Después de que incluso *Le Temps* se haya retractado de esta calumnia, no dudo que ustedes harán lo mismo expresando su pesar por haber repetido a la ligera tal historia de bandoleros.

Para terminar, déjenme añadir aún algunas palabras sobre nuestra protesta en el sentido de que la lucha contra nuestro «militarismo» es una lucha contra nuestra cultura. Ustedes no parecen darse cuenta de que existen dos cosas muy diferentes designadas por el mismo nombre de militarismo. Cuando nosotros los alemanes nos lamentamos en familia del «militarismo», entendemos por él ciertos inconvenientes tales como que los oficiales y los oficiales en la reserva desempeñan a veces un papel más importante que el que les corresponde; que en las oficinas de todas las ramas de la administración, un número demasiado grande de plazas se reservan en exclusiva a ex militares; y que hay gente entre nosotros que habla del ejército como de una institución que tiene una razón de ser en sí mismo y no tan solo para garantizar la existencia de Alemania. Evidentemente, no es este el militarismo del que sir Edward Grey y los Aliados quieren librar a Alemania y a Europa. Es un asunto exclusivamente «de familia» que los Aliados pueden dejarnos arreglar solos. Pero hay otro «militarismo», ese espíritu que impregna a todo nuestro pueblo y le hace tomar las armas con alegría cuando se trata de la patria; y este militarismo, lejos de haberse debilitado, cobrará nuevas fuerzas en esta guerra, emprendida por nuestros enemigos. Porque la propia existencia del pueblo alemán es inseparable de este militarismo; y por eso no hay ninguna contradicción si, al final de nuestro llamamiento, invocamos los nombres de Goethe, Beethoven y Kant, de los cuales nos sentimos herederos. Lo que ustedes dicen de Goethe y del liberalismo revela una ignorancia sorprendente sobre Goethe, ignorancia que solo es superada por la afirmación de que el liberalismo y el arte estuvieron siempre amenazados por Prusia, cuando es el caso que, muy al contrario, Prusia, desde Federico el Grande, solo se ha hecho grande cultivándolos. Ustedes pretenden que Beethoven, de origen flamenco, vivió hasta sus 24 años en Holanda. Pues bien, era más plenamente alemán-renano que Léon Gambetta francés; su abuelo era director de orquesta, su padre tenor en Bonn; su madre era de Coblenza; él mismo nació en Bonn, pasó allí su juventud; Bonn nunca ha sido holandesa. Y si Kant aplaudió la Revolución francesa, también resumió el espíritu de Federico el Grande en su «imperativo categórico», y me

parece que, como muchas otras cosas, su caracterización de los ingleses, tan admirablemente actual, continúa siéndoles desconocida: «La nación inglesa, escribe Kant, considerada como pueblo, es el más apreciable conjunto de hombres, en sus relaciones naturales; pero, como Estado entre los Estados, el más pernicioso, el más violento, el más tiránico, y, entre todos, el que más provoca la guerra.» Admitirán ustedes que nos limitamos a actuar en el espíritu de Kant si, identificados con su imperativo categórico, nos defendemos de Inglaterra, que hace combatir a Francia por ella en esta guerra.

Me permitiré enviarles dos artículos que acabo de escribir y que aparecerán próximamente. Uno tiene por objeto Alemania y sus adversarios, sobre todo Inglaterra; el otro trata de la guerra y de la garantía de una paz perdurable. Aunque puedo suponer que en otras circunstancias ustedes admitirían las opiniones expresadas en este último artículo, sin embargo, y muy a pesar mío, no puedo sino ponerlo en duda después de leer su carta. Si me equivoco, pueden estar seguros de que nadie será más feliz por ello que su antiguo compañero de armas.

LUJO BRENTANO

Profesor de Economía Política de la Universidad de Munich.

Respuesta al Sr. Lujo Brentano,
Profesor de Economía Política de la Universidad de Múnich.

París, 8 de diciembre de 1914.

Señor Profesor y muy sabio colega:

Le agradecemos que nos enviase su carta del 24 de octubre, que no hemos recibido sino después de varios días después de la fecha que lleva, de la misma manera que usted recibió nuestra carta días después de que fuera remitida. No es culpa suya ni nuestra. Es consecuencia de la dificultad de las relaciones entre pueblos beligerantes por mediación de amigos pertenecientes a un país neutral.

Hemos esperado, para responder a su carta, el envío de los dos artículos que anunciaba. No habiéndolos recibido aún, estamos obligados a cuestionar algunas de las afirmaciones que contiene; puesto que no querríamos que usted pudiese interpretar nuestro silencio como una adhesión.

Nos indica que el profesor Schmoller se había hecho representar por el profesor Herkner en los festejos de la Sociedad de Economía Política; y que, en consecuencia, no quería manifestar mediante un rechazo su odio a Francia. Pero usted olvida o ignora que fue por la repetida insistencia del secretario perpetuo de la Sociedad de Economía Política por lo que se decidió a salir de su rechazo puro y simple, y, también porque cierto economista alemán, que usted conoce, le hizo comprender que este rechazo tajante estaba un tanto fuera de lugar, en la medida que seguíamos siendo colegas en economía política.

Usted pretende que hemos desnaturalizado el pensamiento del Sr. G. Schmoller; pero el pasaje que cita demuestra la veracidad de nuestra aseerción: «Todos los grandes bienes ideales, las obligaciones morales del Estado, como han sido reconocidos sobre todo en Alemania y Prusia, conducen a los mensajes imperiales de 1881 y 1890. La ciencia alemana no ha hecho otra cosa que preparar estos mensajes, y no debe hacer otra cosa que hacer

el comentario apologético de los mismos.» He aquí, despojado de su forma cautivadora, el pensamiento definitivo del Sr. G. Schmoller, que sirve de conclusión a su discurso rectoral pronunciado en la Real Universidad de Federico-Guillermo de Berlín.

Usted afirma su liberalismo por lo que respecta a los profesores, con un ejemplo personal. Quizás es su adhesión al congreso de Eisenach, en 1872, lo que le ha permitido escapar a su ostracismo; pero usted se guarda mucho de reproducir la fórmula misma de la excomunión que lanzó contra los discípulos de Adam Smith, en ese mismo discurso, con toda la autoridad que le daba su posición de rector de la Universidad de Berlín: «Sería ir contra el progreso poner en pie de igualdad las escuelas desaparecidas y los métodos caducos, y las escuelas nuevas y los métodos de mayor perfección; es así que un discípulo puro de Smith, exactamente lo mismo que un discípulo puro de Marx, no pueden (*sic*) pretender ser tratados hoy en pie de igualdad con otros. Los que no se sitúan en el terreno de la investigación moderna, de los métodos científicos de hoy, no pueden ser profesores útiles. No deberían ocupar una cátedra.»⁴

Este lenguaje imperativo está claro: los mensajes imperiales de 1881 y 1890, he aquí el objeto de la enseñanza; los profesores son puestos ante la alternativa de someterse o de renunciar. Esta interpretación, por otra parte estricta, del pensamiento de G. Schmoller, no es solo nuestra. Está confirmada por el Sr. Auguste Oncken, el profesor de la Universidad de Berna, que usted conoce bien.

La sorpresa que hemos experimentado al ver su firma al pie del *syllabus* promulgado por «los noventa y tres representantes de la ciencia y del arte alemanes» es un homenaje que le rendimos: –Cómo un hombre como el Sr. Brentano ha podido aprobar un documento que repite afirmaciones como estas:

- No es verdad que Alemania haya provocado esta guerra.
- No es verdad que hayamos violado criminalmente la neutralidad de Bélgica, etc.

La sola forma ya nos probaba que este texto no era suyo; ya que, por una parte, el *syllabus* reconoce que la violación de la neutralidad de Bélgica es un acto criminal y, por otra, niega que Alemania lo haya cometido. Sin embargo, no son Bélgica ni Luxemburgo quienes han invadido Alemania: y si la violación de la neutralidad de Bélgica era un acto criminal, la de la neutralidad de Luxemburgo también. Ciertamente, usted no habría dado a su redacción una forma tan contradictoria.

Nos reprocha haber supuesto que ignoraba los documentos diplomáticos publicados. Era un homenaje que rendíamos a su buena fe. Pensábamos que si se había adherido al primer artículo del *syllabus*: «No es verdad que Alemania haya provocado la guerra...» era por ignorancia. Nos dice que no los ignoraba: y nos habla del informe del encargado de asuntos belga del 30 de julio. Pero ¿por qué no nos habla del 31 de julio? Ese día, el Sr. Sazonov, el ministro de Asuntos Exteriores de Rusia, había concluido con el Sr. Szapany, investido de plenos poderes por el conde Berchtold, un acuerdo aceptado por Serbia. Iba a firmarse la paz. Se supo en Berlín; y a medianoche, el conde Pourtalès, embajador de Alemania en San Petersburgo, fue a notificarle al Sr. Sazonov el ultimátum que significaba la guerra. Y en efecto, fue declarada por el Imperio alemán el primero de agosto a las siete de la tarde.

Munich no está tan lejos de Viena como para que usted no recibiera algún eco de ello. Debe conocer la profunda decepción que sufrió el conde Berchtold al enterarse de que el emperador alemán había actuado de esa manera. Solo lo siguió después de evidentes dudas, como lo prueba la fecha de la declaración de guerra de Austria a Rusia: se difirió hasta el 6 de agosto.

¿Cree usted que el *syllabus* de los noventa y tres añade mucho a la autoridad «de los representantes de la ciencia y del arte alemanes» cuando presenta al emperador Guillermo como un pacifista? Nos dice que algunos periódicos franceses lo han apodado Guillermo el Tímido. Es la primera vez que oímos hablar de ese epíteto. El día de su llegada al trono, se dirigió al ejército y a la marina; hasta el tercer día no se dirigió al pueblo alemán. En cada uno de sus discursos, evocó a las armas y a un Dios belicoso que recuerda mucho más a Odín que a Jesús. Siempre se ha mostrado a los franceses con la espada en la mano; y desde de su llegada al trono, ha seguido tal política de agresión en todos los puntos del globo que ha conseguido reunir en su contra a Francia, Gran Bretaña y Rusia, por no hablar de Bélgica, Serbia y Japón.

En sus *Pensamientos y recuerdos*, Bismarck dijo: «Un gobierno solo actúa por sus intereses, pero puede revestirlos de consideraciones de justicia y de sentimiento.» Es el esfuerzo que el gobierno alemán habría debido pedir «a los representantes de la ciencia y del arte». Pero los actos ya se han cometido: ahora es demasiado tarde.

Ahora bien, hace ya mucho tiempo que en Alemania hay profesores, plagiarios de Joseph de Maistre, que han proclamado, con los generales Moltke, Von der Goltz, Bernhardi, las virtudes de la guerra por la guerra. ¿Por qué quiere usted pues privar al káiser y a sus diplomáticos del honor de haber provocado la actual guerra? ¿Por qué pues, a pesar de los hechos, afirma que «hasta el último momento, hasta los límites de lo posible, ha luchado por el mantenimiento de la paz»? Desde hace más de veinticinco años, no cesa de amenazar al mundo con su espada; y hoy usted quiere disfrazarlo de candidato al Premio Nobel.

Usted exagera.

Usted opone a los hechos de conjunto que definen la política de Guillermo II sutilezas de detalle como su paseo por las costas de Noruega a bordo de su yate. La respuesta es simple. Había dado órdenes y, mientras eran ejecutadas, trataba de crearse una coartada.

Pero el presidente de la República francesa y su primer ministro dejaban Rusia en el momento que Austria lanzaba, de acuerdo con Alemania, su ultimátum del 23 de julio. No podían estar de vuelta en Francia hasta cuatro o cinco días después. La carga de probar que esta coincidencia de hechos no era deseada le incumbe a usted.

«No es verdad, dice el *syllabus* de los noventa y tres, que nuestros soldados hayan atentado contra la vida o la propiedad de un solo ciudadano belga sin que lo exigiese la dura necesidad de defenderse.» Esta última frase comporta toda suerte de pretextos. ¿«La necesidad de defenderse»!, son palabras que habría que definir. Sus desmentidos carecen de valor; ya que en todas partes se conocen los saqueos y las destrucciones realizadas bajo órdenes y las orgías sangrientas que, para la soldadesca, han tenido como consecuencia.

Usted quiere apoyar con algunas consideraciones al margen el «no es verdad» global, y se vanagloria de que no habría sido el príncipe heredero, sino uno de sus hermanos, quien escogió lo mejor de las colecciones del barón de Baye y las hizo embalar por el cerrajero Marnet, requerido a este efecto.

Para contestar el hecho, aduce una nota del *Berliner Tagblatt* con la intención de probar que el kronprinz no se llevó las colecciones del castillo de Baye. Pero esta nota es una nueva prueba de la manera como los diarios alemanes tergiversan los hechos. He aquí la narración publicada el 20 de octubre por el *Journal de Genève* que pretende compendiar el *Berliner Tagblatt*: «Una buena señora interrogada ante la verja no nos deja entrar. «¿Es cierto, pregunta uno de nuestros compañeros, que han saqueado su casa? –Sí, han roto dos vitrinas. –¿A quién alojaba en el castillo?» –A altos oficiales. –¿El kronprinz (pronúnciese *cronprince*) se cuenta entre ellos? –No lo sé. –¿Ha reparado en un joven alto y rubio al que los oficiales de mayor edad otorgan una gran deferencia? –He visto ciertamente un joven alto con los otros oficiales.»

«No puede obtenerse nada más. La sombra cubre todo el resto. Y está prohibido circular por la noche...»

Lejos de que la señora haya negado el pillaje, lo ha confirmado. No se trata de «vitri-
nas agrietadas, probablemente como consecuencia de una detonación», como pretende el
Berliner Tagblatt. «Han roto dos vitrinas», dice la señora. Lleno de fe en el *Berliner Tagblatt*,
usted exclama: «He aquí una nueva prueba de las increíbles mentiras!...» ¡Esas increíbles
mentiras se refieren a la cita cuya autoridad invoca usted!

La contradicción entre los hechos y las negaciones del manifiesto de los noventa y
tres ha sido tal que permanecerá como un monumento de fría ironía. «No es verdad»,
y los obuses que caían sobre la catedral de Reims subrayaban su *syllabus*; los asesinatos,
cometidos por los *Tauben*, lo manchaban con la sangre de la niña herida en la avenida
del Trocadero. El resultado ha sido que en los Estados Unidos, a pesar de los esfuerzos de
su embajador, a pesar de los numerosos habitantes de origen alemán que existen allí, la
política y las actuaciones de Alemania no han provocado más que el horror y el desprecio.
El *foreign editor* del *New York Times*, el Sr. Walter Littlefield, en una carta del 27 de noviem-
bre, llena de recortes de diarios, nos dice que en la quincena que comenzó el primero de
noviembre, había examinado 350 diarios provenientes de todos puntos de Estados Uni-
dos: ni uno solo se pronunciaba a favor de los alemanes; no había más que cinco que se
esforzaban en conservar una apariencia de neutralidad.

A pesar de su respuesta, señor Profesor y sabio colega, continuamos asombrándonos
por haber encontrado su firma al pie del manifiesto de los noventa y tres, que constituye
una requisitoria tan terrible contra la Kultur alemana, a pesar de la invocación a Kant,
Beethoven y Goethe. Debe considerar este asombro como un acto de deferencia por nues-
tra parte; y, pese a sus esfuerzos por asumir la responsabilidad, seguimos creyendo que si
ha obtenido su firma material, no ha obtenido su adhesión intelectual. Pero el militaris-
mo ordenaba: no se trataba de discutir los términos de un documento oficial; era neces-
ario obedecer; y usted ha obedecido la consigna.

Le rogamos que crea en el pesar que nos inspira la situación difícil en que usted se
encuentra.

YVES GUYOT,
Redactor Jefe del Journal des Économistes,
ex ministro de Obras Públicas

D. BELLET,
Profesor de la Escuela Libre de Ciencias Políticas y
de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles.

Carta del Sr. Georges Blondel al Sr. Lujo Brentano.

Señor:

Se me ha hecho llegar, hace unos días, la memoria que usted ha dirigido a los Srs. Yves
Guyot y Daniel Bellet. Agradeciéndole este envío, permítame decirle que, como a ellos,
me sorprendió dolorosamente ver su nombre al pie de este «Llamamiento a las naciones
civilizadas», que está en contradicción tan completa con la idea que nos hacemos de la
civilización. Su respuesta ha hecho revivir en mi espíritu el recuerdo de las conversacio-
nes mantenidas tantas veces con usted, bien en Munich, en su lujoso apartamento de la
Mandlstrasse, o bien en diversos congresos internacionales donde siempre fue para mí un
placer escucharle. Recuerdo perfectamente el juicio que había emitido sobre estos Junkers

que decía que eran un azote para Alemania, sobre estos agrarios de ideas estrechas que usted parecía detestar, sobre ese militarismo que usted encontraba tan inquietante, puesto que desembocaría, me decía usted, en el sacrificio de los intereses del país a las ambiciones de una casta. Ciertamente, era sincero al decirme eso. ¿Cómo no tendría que sorprenderme al verle aceptar sin reserva las consecuencias de una política que me declaraba nefasta? Así pues, ¿ya no existe la independencia de espíritu en Alemania y Bebel tenía razón, cuando decía que los alemanes eran un pueblo de lacayos?

Tras leer atentamente su memoria, creo que es inútil discutir con usted. Quiero, sin embargo, puesto que había supuesto que sus observaciones me afectarían, darle mi opinión sobre tres cuestiones de una importancia capital sobre las que se expresa de un modo que me parece inconciliable con el respeto que un científico como usted debe a la verdad.

I Es imposible admitir que el gobierno alemán hizo todo lo que pudo por evitar la guerra. Los documentos que se han publicado en los libros azul, anaranjado, gris y amarillo prueban que Francia, Rusia e Inglaterra hicieron los mayores esfuerzos por arreglar el conflicto, mientras que sus diplomáticos se negaban a pedir el menor cambio al monstruoso ultimátum que había sido dirigido por Austria. Muestran también cómo ustedes han tratado de distraer a Rusia (de la cual intentaban separarnos), a fin de ganarle el tiempo necesario para completar su movilización. ¡Y cuántos esfuerzos han hecho ustedes para obligarnos a dar al Sr. Schoen sus pasaportes y para arrojar sobre nosotros la responsabilidad de la agresión! Los historiadores del futuro, al menos los que querrán decir la verdad, serán unánimes en reconocer que, el 1º de agosto, se había alcanzado un acuerdo entre Austria, Serbia y Rusia. Y si Italia ha rehusado apoyarles, era porque había captado perfectamente sus intenciones. Es hacer comedia el hecho de hablar de agresión y de tratar de hacer creer que no han tenido otro objetivo sino defenderse.

II La manera en que usted explica la violación de la neutralidad belga produce una impresión aún más penosa. Incluso se desprende de ella que, desde hace años, Francia e Inglaterra se han puesto de acuerdo para violar esta neutralidad. ¿Cree usted también que nuestros aviadores han lanzado bombas sobre Nuremberg? Por desgracia, son razones de utilidad las que les han determinado a despreciar los compromisos que habían asumido, a atravesar un territorio que habían prometido respetar, porque el valle del Mosa es el camino más directo para llegar a París. ¡Pero sus generales habían declarado que su artillería era tan potente que ninguna fortificación podría resistir! No se sorprenderán si, en futuras negociaciones, nos mostramos más desafiantes hacia Alemania que ante otros países. De ahora en adelante no se tendrá la ingenuidad de dar importancia a la firma de un Estado que, el día que se cree más fuerte, declara que esa firma carece de valor.

III También me he sentido muy apenado de verle refrendar las declaraciones de quienes sostienen que las tropas alemanas no han cometido ninguna crueldad. Usted no las ha visto en la práctica, evidentemente. Tomando partido, cierra los ojos ante las brutalidades de las que se han hecho culpables, ante las destrucciones tan injustificables desde el punto de vista del derecho de gentes, como inútiles desde el punto de vista estratégico, a las cuales se han librado. La lengua alemana tiene una expresión que no podemos traducir en francés: *Schadenfreude*. Esta palabra indica perfectamente los bajos sentimientos, el instinto grosero que anima a algunos de sus soldados e incluso de sus oficiales. Protesto con todas mis fuerzas contra la abominable doctrina, con la que usted es tan indulgente, que tiende a excusar las peores violencias por poco que se las juzgue directa o indirectamente útiles al país. Todos los investigadores que se han desplazado al teatro de operaciones se han sentido indignados ante el espectáculo de devastaciones inútiles y metódicamente organizadas de las que han sido testigos. Sabemos perfectamente a qué atenernos sobre la forma atroz en que ustedes hacen la guerra, y sobre los procedimien-

tos, dignos de sus aliados turcos, de los que no dudan en servirse. Sabemos a qué atenernos sobre el objetivo que ustedes persiguen al lanzar bombas sobre las ciudades abiertas, y sobre la manera como organizan «científicamente» el saqueo, el asesinato y el incendio. No sé lo que puede ser el «Viejo Dios» que invoca su emperador. No es el Dios de los cristianos, y la moral que ustedes practican es un retorno a la barbarie. ¡Conquistar la hegemonía en el mundo, eso es todo! Alemania, para alcanzar sus fines, necesariamente tiene que apelar a la «fuerza». Las declaraciones colectivas o individuales de sus profesores y de sus publicistas nos revelan sus ambiciones y sus proyectos. Nos muestran una sed de dominación, un apetito de conquistas políticas y económicas, entre los pueblos germánicos como el mundo, desde la Roma antigua, no ha conocido.

Me siento más autorizado a afirmar esto en la medida en que he rendido leal homenaje a los progresos que Alemania ha realizado desde hace medio siglo. He puesto de relieve su actividad, su ardor en el trabajo, el auge de su industria y de su comercio. Lo que me hiere sobre todo hoy es el orgullo inconmensurable que perturba a los mejores espíritus. Usted reprocha a los Srs. Yves Guyot y Daniel Bellet estar cegados por la pasión. Y no ve la prodigiosa ceguera de quienes dirigen sus destinos, de quienes no tienen ningún respeto por la independencia de las pequeñas naciones y pisotean el principio de las nacionalidades.

Este mismo año, durante una estancia que he realizado en Alemania, donde había ido a estudiar la interesante exposición de Leipzig, he quedado impresionado, al hojear las revistas que se dirigen a la juventud, de ver hasta qué punto los que las redactan tratan de hacer penetrar en los espíritus la idea de que Alemania está investida de una misión y ha sido llamada a dirigir los destinos del universo. También es curioso constatar que cuando su canciller habla de paz, entiende simplemente la «paz alemana», la paz en cuyo seno Alemania podrá desarrollar a su arbitrio su «fuerza» y su «Kultur». Sí, la paz que ustedes quieren, es la paz que les permitirá imponerse a la humanidad y hacer triunfar la hegemonía del germanismo sobre los otros pueblos.

Nosotros tenemos otra idea de la civilización, rechazamos con indignación la admiración que ustedes experimentan por esta cultura, indisolublemente unida al militarismo, que desemboca a la vez en el perfeccionamiento científico de los medios de someter a las sociedades que son materialmente más débiles, y en el desprecio por las otras naciones. Comprendo que consideren la actual guerra de una importancia capital para el futuro de la humanidad. Se trata, en efecto, de saber qué ideal debe triunfar en Europa. Ustedes quieren que el mundo sea dominado por su cultura y su «organización». Y nosotros estamos decididos a luchar hasta el final por el triunfo de la libertad.

Constatamos que, afortunadamente, a pesar de las mentiras que pululan en sus diarios (que leo regularmente), que a pesar de los esfuerzos que realizan para conquistar las simpatías de los neutrales, éstos comprenden cada día mejor a qué peligros los expondrían sus ambiciones, si llegasen a triunfar. Ustedes contaban con Italia y he aquí que el Sr. Salandra, después de haber dado a entender claramente que Alemania ha mentido al pretender que hacía una guerra puramente «defensiva», restableció los hechos y delimitó las responsabilidades. Sus declaraciones son abrumadoras para ustedes. Los documentos que ha dado a conocer no prueban solamente que Alemania y Austria son los verdaderos instigadores de la guerra, muestran que desde hace un año, su agresión era premeditada. Las declaraciones del Sr. Giolitti no son menos categóricas. Todos los diplomáticos saben también perfectamente lo que pensaba el marqués de San Giuliano de las verdaderas causas de la guerra. Sí, son Austria y Alemania quienes tienen «ante Dios y la Humanidad», reproduzco las mismas palabras del Sr. Bethmann Hollweg, «la responsabilidad de la catástrofe que se ha abatido sobre el mundo».

En los Estados Unidos, y Dios sabe bien la propaganda que hacen allí ustedes, se comprende mejor cada día la gravedad del problema planteado. La perspicacia americana ya ha deslindado todo lo que hay de mala fe en las explicaciones que dan de las causas de esta abominable guerra. La sensatez del pueblo americano se deshace de la presión moral que ustedes ejercen sobre él, y tras la lucha que se libra en los campos de batalla, percibe claramente los dos principios que se enfrentan: libertad y dominación. Juzga, con el eminente presidente de la Universidad de Harvard, que la paz del mundo es inconciliable con el triunfo de sus doctrinas y con la detestable moral cuyos preceptos son: «Sé activo, sé viril, sé duro, sé cruel, sé un señor».

También aumenta el número, a pesar de sus propagandistas volantes, de quienes en otros países de Europa, en España y Portugal, en Grecia y Rumanía, se apartan de ustedes, que piensan, como Eliot, que es en definitiva un retorno a la barbarie lo que ha engendrado el conflicto en que se debate actualmente Europa. ¡Cómo los otros pueblos no temerían las teorías de un Estado cuyas doctrinas conducen fatalmente a proclamar que las pequeñas naciones no tienen los mismos derechos que las grandes!

Ustedes se creen seguros de la victoria y piensan que su ejército es invencible. Se han preparado tan intensamente para esta guerra, ardientemente deseada, que debían obtener durante los primeros meses algunos éxitos. Pero el viento ya ha cambiado. No hay un solo francés que ahora quisiera cambiar la situación de Francia por la de Alemania. Todos estamos convencidos de que la hora de la justicia sonará. Ya que la fuerza lo es todo a sus ojos, sabremos responder por la fuerza, y lucharemos tanto tiempo como sea necesario.

Alemania ha tratado a la nación francesa con un profundo desprecio, considerándola como una nación degenerada. Pero Francia es el país de los nuevos comienzos y de los despertares. Esperamos con confianza el resultado de una lucha que han querido convertir en una guerra de exterminio. La paz que entrevemos no será su paz germánica, no será la opresión de la humanidad bajo el pretexto de hacerla gozar de una organización más sabia. Será el triunfo de una civilización basada en la colaboración de todos los pueblos y que quizá permitirá a una Alemania desengañada contribuir de una manera diferente de la pretende en este momento, al progreso de la Sociedad. Será la reparación de las iniquidades y una garantía contra pretensiones inaceptables, será la victoria de la libertad sobre la tiranía, el triunfo de la justicia y el derecho.

Acepte, señor, con la expresión del pesar que siento por verme obligado a modificar las apreciaciones excesivamente benévolas que tan a menudo he formulado sobre el pueblo alemán, la seguridad de mis mejores deseos.

GEORGES BLONDEL.

Traducción de Pau Viciano

NOTAS

1. El *Taube* era un monoplano biplaza de la Deutsche Luftstreitkräfte (Fuerza Aérea Alemana) usado, entre otras misiones, para el bombardeo. (N. del tr.)
2. La *Gazette de Lausanne* ha publicado, en relación con este pasaje, una nota del siguiente tenor: «Hemos publicado, en nuestro número del 7 de octubre, a propósito de esta acusación, formulada por la baronesa de Baye contra el kronprinz alemán la carta siguiente:

«Berna, 5 de octubre.

Señores:

En la *Gazette de Lausanne*, número 268, han reproducido un telegrama de Burdeos que acusa al príncipe heredero de Alemania de haber robado joyas, etc., etc., del castillo de la baronesa de Baye, en Champaubert.

Deberían tener la amabilidad de hacer constar que, según sus propias noticias, la unidad del príncipe heredero ha combatido en los alrededores de Verdún y en las Argonnes. Ahora bien, Champaubert y el castillo de Baye se encuentran al norte de Sézanne, es decir, a más de 100 kilómetros de los campos de batalla del ejército del konprinz.

Les saluda atentamente, etc.

ROMBERG

Ministro de Alemania»

Es posible que el konprinz no sea el autor de este robo. Pero el robo ha sido cometido por un personaje de alto nivel.

3. Se trata de un error: el Sr. Yves Guyot ha sido ministro de Obras Públicas.
4. *Politique sociale et économie politique*, de G. Schmoller. Traducción francesa revisada por el autor, p. 323.